

# Las mujeres en la Teología

---

*Suyapa Pérez Escapini*

Por gracia de Dios y de mediaciones humanas hace 19 años fui invitada por el P. Jon Sobrino a servir en el ejercicio de la docencia teológica universitaria y en la tarea de promover la formación teológica sistemática y popular a través del Profesorado en Teología y después de las Escuelas de Teología Pastoral, programas comprometidos con la formación teológica de religiosas, religiosos, laicos, y laicas que asumen su vocación evangelizadora desde el legado formativo de la UCA; legado que entendemos al servicio de una teología y una espiritualidad reinocéntrica y liberadora que responda a los desafíos para la fe cristiana de nuestros pueblos.

Este trabajo apostólico ha sido y es para quienes nos hemos comprometido con él, una fuente de realización, de liberación, de posibilidades creativas de servicio ministerial en nuestra realidad, punto de encuentro desde donde renovamos la esperanza reiteradamente en esta herencia profética y martirial a la que nos anima la inspiración cristiana de la UCA.

Es ésta la inspiración que comparto con alegría y la que me posibilita ofrecer hoy mi propia mirada sobre la participación de las mujeres en el ser y el quehacer teológico en nuestro contexto. El objetivo es aportar una palabra para seguir construyendo nuevas posibilidades que se abren desde una praxis compartida como ésta, apostando por la equidad y la alteridad humana y de género en la vocación de servicio teológico que nos une.

---

\* Colaboradora con este número de Diakonia. 125, (Marzo 2008).

## **1. La teología cristiana ha de ser fermento evangélico ante el pecado estructural para no sucumbir ante sus idolatrías**

Las idolatrías que favorece el pecado estructural se notan en las relaciones humanas que rompen el plan de Dios de filiación, fraternidad y señorío de la historia, y que lejos de eso, han configurado y sacralizado modos de dominación incompatibles con los valores del evangelio de Jesús. Ídolo es como nos enseñó Monseñor Romero lo que desplaza a Dios de su lugar central en el corazón humano, y que por lo tanto se pretende suplantarlo con otra realidad que no es Dios.

Cuando las diferencias entre los seres humanos se tornan motivo de marginación, por ejemplo las diferencias de raza, de sexo o de clase, se deja de ver al otro y a la otra en su dignidad de hijos e hijas de Dios y por lo tanto no son más nuestros hermanos y hermanas. La gravedad de esta distorsión no es solo que se asume como normal la marginación, sino que además, se pretende justificar con el razonamiento de que las exclusiones de diverso tipo, con tales alcances estructurales, son también voluntad de Dios. Si la teología cristiana en su pluralismo, no ofrece una mirada alternativa a este modo de relacionarnos que tanto sufrimiento causa, se vuelve un saber irrelevante para la vida cotidiana. Es un hecho que la realidad que vivimos en esta región considerada de tercer y cuarto mundo de los pobres, a juicio de países ricos que se llaman a sí mismos “desarrollados” sin cuestionar razones causales en el tema, tiene una contextura pecaminosa, que suele llevar en coyunturas históricas a la muerte violenta, en ocasiones de crisis al desaliento y a menudo a la desolación a quienes la habitamos con algún sentido trascendente.

Los clamores de los pobres y débiles, crucificados en esta realidad, han suscitado también el seguimiento de Jesús y su propuesta del Reino de Dios en muchas personas creyentes, para quienes tales situaciones han despertado un deseo de servir a la transformación de las mismas. Sea derivado el compromiso de una fe pascual, o igualmente llevado por convicciones éticas y también políticas, el hecho es que se han vuelto dinámicas convergentes en la lucha por los cambios estructurales a favor de los empobrecidos y marginados.

Estos clamores no vienen de pocas voces y están latiendo en grandes sectores de población en toda la estructura socio-cultural y política en que sobrevivimos desde hace quinientos años. Puede afirmarse que los clamores de los pobres delatan el pecado de injusticia estructural de donde surgen, y no permiten respuestas que los soslayan o que parcialicen las diversas necesidades que los hacen brotar sea por hambre de pan, de cultura o de Dios (Puebla N°.26).

Como dice una canción popular en memoria de nuestra mártir Silvia Arriola: “contigo, los mejores ya partieron”, y no es que se fueron, sino que por arriesgarse a ser más fieles, se nos han adelantado en su compromiso; son los intereses económicos del poder asesino y mentiroso, los que a través de sus mediadores nos arrebataron el amor en sus personas, en sus quehaceres liberadores y en sus saberes. Según el evangelio, es el ofrecimiento de la vida el signo del mayor amor, por eso reconocemos ecos cristianos en los varios hilos místicos que están presentes también en otras luchas compartidas, realidad que hizo surgir la intuición poética de Bertold Brecht: “Hay quienes luchan un día y son buenos. Hay otros/as que luchan un año y son mejores. Hay quienes luchan muchos años, y son muy buenos. Pero hay gente que lucha toda la vida, esa es la gente imprescindible”. El punto a señalar con esta secular referencia literaria, consiste en que tal verso deja entrever la envergadura de las causas a transformar, sobre todo aquellas que por buscar su carácter de igualdad estructural, en la condición social especialmente, son las que han surgido de un talante especial de luchadores sociales, acrisolados por el momento histórico y por su propia inspiración.

También en nuestra historia conocimos el testimonio de muchas mujeres y hombres creyentes, entre los que enarbola-mos profetas y mártires; fue su conciencia habitada de imaginación creadora, la que fiándose de Dios como testigo, les hizo permanecer fieles hasta el martirio. Son éstos seres humanos, mártires, quienes desde su vulnerabilidad y desde su fuerza interior dieron un paso adelante ante los diversos Goliats de nuestro siglo. Son esas grandes causas las que demandan ayer y ahora unidad fe y justicia. Por eso sabemos que las teologías que se problematizan, que no huyen con construcciones discurs-

sivas ajenas a la realidad, ancladas a la pura erudición o a las respuestas fáciles y demasiado prudentes, son las que han podido hacer presente al Dios de Jesús. Sólo la responsabilidad histórica y cristiana hace de la Teología un quehacer de la razón creíble, la que cumple su cometido si está atenta a la escucha de los clamores ahogados en las injusticias de la historia.

En tanto y cuanto así hunda sus raíces en *la nada aparente* del devenir histórico, se capacita la teología para entenderse en clave de la salvación histórica, abierta al absoluto del Dios siempre con nosotros. Es en la escucha a su soplo y a su paso, donde todos los acontecimientos se releen con sentido. Eso nos pasa ante el escondido Nazareth, desde la infertilidad fecunda que solo Dios hace florecer, y desde las acciones o silencios de nuestra María del Magnificat, que nos ha cambiado tanto nuestra historia con su "Sí".

En El Salvador hemos heredado en este trabajo de dar razón de la esperanza cristiana, la conciencia social que un día tuvieron hombres y mujeres que involucrándose hasta en la tarea de la guerra cómo última oportunidad para alcanzar una paz con justicia en este país, quisieron empujar los cambios de carácter estructural que nuestra realidad necesitaba y que eran negados por los poderes de facto. Por eso sabemos bien que aquí y en cualquier sitio, dar razón de la fe implica dar razón de la historia que la enmarca. Ya sabemos que no tener el contexto, ha llevado a la Iglesia en muchos puntos de su vida, a afirmar errores que aunque vengan seguidos de disculpas posteriores, hacen daños irreparables en el sentir de la fe del pueblo; lo que es peor aún es que se producen razonamientos sacralizados sobre reconocidos errores medievales.

Muchas personas e instituciones en estos tiempos de paz y post guerra, no hablan más de un cambio en dimensiones estructurales, aún las Iglesias parecen conformarse con un evangelio sin alcances interdependientes respecto de la realidad social amplia y compleja. Es en la sociedad donde los pueblos construyen sus relaciones comunitarias, procurando la real vida abundante prometida en la buena noticia de Jesús (Juan 10,10).

Por lo tanto podemos afirmar que este alcance estructural es un rasgo de la teología de la liberación que mejor responde a

la vocación alternativa del cristianismo en su identidad de levadura evangélica de liberación ante toda idolatría. En conclusión, una idolatría de la civilización la constituye la configuración patriarcal de las diversas culturas, que deslegitimó Jesús con sencillez asombrosa al decir a sus discípulos/as: “no llamen a nadie Padre” (Mateo 23,9-12). Jesús mostró la posibilidad de relaciones fraternas basadas en el amor, la alteridad y la dignidad que son valores alternativos a ese orden patriarcal.

No puede ser que las personas creyentes permitamos que el cristianismo justifique, tolere, asuma los antivalores de cualquier ideología que deforme la igualdad fundamental de los seres humanos. No en nombre de no perturbar un orden que constituye un violento desorden. No es posible que la teología pretenda ser cristiana fomentando nuevos elitismos, sin convertirse a su espíritu inclusivo originario: “vayan y hagan discípulos y discípulas a todas las gentes” (Marcos 16,15). Y esas gentes somos sexuadas, las mujeres no somos hombres, como lo reconoce una antropología teológica inclusiva que ha descubierto la hondura revelada en el ser hombres y mujeres creados a Su imagen y semejanza, honrar esta verdad no es asunto de “moda inclusiva”, es más serio que eso, en ello se juega el sentido del misterio de la encarnación.

## **2. La tradición teológica Latinoamericana jalonada entre la memoria y la involución**

Este Dios revelado en Jesucristo, que se ha dejado conocer, que no se complace con ser el incognoscible y omnipresente de alguna tradición filosófico teológica del pasado, su voluntad de comunicarse y amarnos ha corrido su velo misterioso en la fuerza del Pentecostés que constituyó el Concilio Vaticano II, en especial cuando nos animó a reconocer la necesidad de una teología más bíblica y menos filosófica para que pueda ser más cristiana.

El misterio de Dios en la Iglesia, se nos hizo cercano en particular cuando ella se convirtió a su identidad fundamental de ser comunidad desde el Bautismo. En América Latina ese sentir como Pueblo de Dios, esa comunitariedad esencial generó la vivencia de las Comunidades Eclesiales de Base, como modo alternativo de ser Iglesia en una nueva génesis desde abajo.

Comprobamos con tristeza cómo ese sentido de la Iglesia que se hizo pueblo, alcanzado por la voluntad de salvación en Jesucristo, tiene en su caminar tantas desconfianzas de la jerarquía eclesiástica, que se ahogan muchas iniciativas que el Espíritu Santo comunica a través suyo. Porque hay que repetir que el Espíritu Santo nos consagra a todos y todas por igual como propiedad de Cristo para instaurar su misión. (Gálatas 3,28). Todos somos iguales en el Bautismo, nacidos de nuevo para ser hijos -e hijas- de Dios, de modo que circuncisión no tuvo más la última palabra con todo lo que se debe implicar de eso, y siendo éste el que nos aporta pertenencia e identidad cristiana.

Los sectores que han buscado históricamente legítimo protagonismo tienen variados rostros, existen los que levantan la reivindicación étnica, que nos animan a incrementar la conciencia indigenista o afroamericana, hasta quienes asumen una visión más universalista como la ecoteología, y los que con responsabilidad acogen el conflicto con todas sus consecuencias, en la construcción de esfuerzos realmente inclusivos de todo lo genuinamente humano en la vida cristiana.

De todos son las mayorías pobres quienes han ganado su sitio en la tradición eclesial y teológica a través de la Opción por los pobres, que ya tiene como herencia doctrinal toda la Iglesia de nuestro continente. También existe la necesidad de reconocimiento al servicio apostólico del laicado, que se desarrolla frente a la lógica eclesiástica, que se niega a abandonar el clericalismo como modo único sacerdotal en la Iglesia. Todas estas formas que asume el Pueblo de Dios expresan ángulos complementarios en la vivencia de fe, han surgido para quedarse y están englobados en el desafío del discernir el pluralismo religioso, como nuevo signo de los tiempos.

Estos rostros de sectores vulnerados, antiguos y nuevos, son la expresión donde hemos de reconocer en primer lugar los rostros sufrientes de Cristo que Puebla pudo ver. En segundo lugar estamos convocados a escuchar el grito cuestionante de Fray Antonio de Montesinos, el primer católico hispanico predecesor de Bartolomé de Las Casas en la misión, quien ante su comunidad étnica, desde la fe en la Palabra de Dios, se convirtió de su error y pudo interpelar a los suyos frente a la explota-

ción de la que eran parte en el modelo implantado en el “nuevo mundo”. El llamado profético ha llegado a nuestro tiempo en el sermón del tercer domingo de Adviento, particularmente con aquella famosa frase: “y éstos: ¿acaso no son hombres?” (compréndase: “¿acaso no son personas?”).

Actualizar ese sermón dominico y eclesial, significa reconocer las raíces de la tradición profética latinoamericana, aquella que desde las demandas del sufrimiento y del exterminio hispánico, supo encontrar su vocación única en las voces de excepción, de los defensores de los indígenas. Por su capacidad de reacción individual y comunitaria frente al sufrimiento humano, pudieron defender la vida, y al Dios de esa vida. Fue la conciencia realmente misionera, abierta a Dios y al oprimido, la que les hizo escribir una página distinta en la misiocolonización pacífica. No tenían ni marxismo ni teología de la liberación elaborada, pero sin ellos no tendríamos el germen de un profetismo posible en la institucionalidad de la empresa conquistadora.

Es esta convicción por la justicia que brota de la fe, la que vino desde la mirada de estos iniciadores de la tradición eclesial profética, la que ha de nutrir éste innegociable proceso de liberación en todos sus actores, en particular allí está el ejemplo en lo que respecta al orden eclesiástico. Porque la memoria de la resistencia indígena acompañada por procesos de conversión paulatina y humanizante, es el otro pozo de aprendizaje para ser como Iglesia entera esa *escuela de forjadores de historia* a que el CELAM en Puebla convocó.

No se puede plácidamente asumir cualquier modo de servir que no sea dejándonos interpelar por el modo de Jesús. Padece-mos social y eclesialmente, de muchas dinámicas impositivas, absolutistas, globalizadoras, hegemónicas, continuadas en nuestra época en nuevas expresiones político-culturales neocolonialistas. O avanzamos en historizar este espíritu inclusivo por iniciativa de Dios, o nos dejamos llevar por el repliegue del mensaje cristiano a antiguas y mayores exclusiones.

Se trata de profundizar la vocación teológica que hemos aprendido: la que va de la Palabra de Dios a la realidad, y de la realidad a la Palabra. En este arte se encuentra sujeto el destino de la memoria y la capacidad de revertir la involución enaje-

nante. Palabra sujeta a la memoria porque solo ella es capaz de rescatarla como testimonio subversivo de la historia. Es en ella que recorreremos la memoria de otras víctimas, sobre todo las que van desde el tiempo de la colonoevangelización latinoamericana a las innumerables masacres de los gobiernos criollos subsiguientes a ese período.

Esas primeras argollas de poder derivadas del sistema de patronato, matriz de la organización política y eclesiástica en la colonia, unidas a la formación del capital y de las fuerzas militares a su servicio, fueron las instancias responsables de los poderes fácticos que nos prepararon para nuevos neocolonialismos. Esa dinámica opresora originó posteriormente incontables represiones gubernamentales a las iniciativas de los pobres en el pasado. Auscultar esta trayectoria en el corazón del pueblo, nos llevará a la fidelidad a sus mejores derroteros, al cultivo de sus mejores valores, a empujar la realización de una utopía tan postergada por los intereses del poder, en el tintero de la historia americana (porque América no es solo el Norte y su raíces no son fundamentalmente hispánicas).

Si las Iglesias acompañan este proceso, enhorabuena, y si no lo hacen, la historia de salvación jamás ha detenido su curso. Nos puede pasar tal como aquella frase dirigida por Jesús al mundo Judío que no aceptó la buena noticia de Jesús “y no piensen que basta con decir Nuestro padre es Abrahan; pues yo les digo que de estas piedras puede sacar Dios hijos para Abrahan” (Mateo 3,9).

Nuestros muertos que dieron su vida por una nueva sociedad justa y libre, solo en este país, nos dejaron su inconformidad con ese *status quo*, y más, una dignidad siempre en pie; ellos -y ellas sin duda- a costa de su propia vida siguieron un camino de organización y lucha para rechazar un destino predestinado por los poderosos y legitimado falsamente como voluntad de Dios. Es esta memoria de resistencia de la gente más lúcida, la que puede hacer frente a la involución, la que hoy nos pesa en muchos espacios sociales y eclesiales. Esta involución que intenta atraparnos en la sombras amnésicas de un túnel sin final, quiere detener la fuerza de la esperanza cristiana. Solo una cultivada voluntad de liberación puede hacernos despertar del sueño letárgico de turno que nos pueda adormecer.



La tradición teológica latinoamericana se debe al proceso de liberación que nuestros pueblos necesitan y que requiere no solo de la teología, sino de muchos saberes interdisciplinarios que desaten los múltiples mecanismos ideológicos de dominación. Porque sus necesidades y anhelos son muchos, no puede la salvación seguirse circunscribiendo al lenguaje aséptico y espiritualizante desencarnado de las realidades que matan cíclica y estructuralmente millones de personas pobres. Si el evangelio no tiene nada que decir a eso, no tiene mucho que decir que importe a nuestros pueblos y a quienes en ellos, como hombres y como mujeres libres, estamos decididos a forjar la madrugada de un nuevo amanecer al que el Espíritu nos impulsa.

No es cierto que de liberación solo ha dejado de hablar alguna teología postmoderna, también algunos quisieran censurar el Exodo y quitar este carácter de liberador al Dios-con-nosotros. Está en juego el don de nuestro Dios, el de todos los pueblos que moran tras los nombres de los primeros patriarcas, y el de las comunidades que se transparentan en la misión cristiana continuando el espíritu de Jesús. Si ya no se necesita para algunos el uso del término "liberación" en el lenguaje teológico, no se debe a la razón de que toda opresión ha desaparecido, sino a que ha crecido la insensibilidad ante las penas que no son propias, la insolidaridad e indiferencia por ejemplo, al clamor del mundo de los pobres extendido por todas partes.

Hablamos de involución porque nos referimos a la divulgación masificante de un quehacer religioso entretenido, que no lanza a conversión más allá del plano personal, poco evangélico y desencarnado. También hay involución que se nota en las incoherencias de toda nuestra práctica cristiana, a veces irreflexiva, o no discernida como deberíamos hacerlo. Mucho más cuando esa memoria oculta el aporte de muchas gentes pobres y deliberadamente la presencia en esos procesos de una mayoría de mujeres, que han sido parte viva de la historia cambiante de nuestros pueblos. La involución mata el Espíritu y nos encierra en letras muertas. Solo la verdad nos libera y la presencia cualitativa y cuantitativa de las mujeres en la misión de Jesús es verdad. El llamado a ésta misión también viene de Dios, el cual siempre mayor no se deja monopolizar.

La parresía, ese coraje del primitivo movimiento de Jesús nos hace falta hoy en mayor o menor medida en los ámbitos de nuestras iglesias cristianas. Queremos siempre que sean otros u otras quienes asuman la voz de las responsabilidades que talvez en alguna medida están en nuestras manos. Y por eso es muy válido que algunos con más osadía, nos recuerden con más libertad qué nos diría Jesús volviendo hoy a la tierra -como acuña el título de la última obra de López Vigil- sobre qué diría El de lo que se ha hecho “en Su nombre y en Su ausencia”.

### **3. Las mujeres vivimos y celebramos la fe, por lo tanto también la pensamos y enseñamos ¿cuál es el problema?**

En América Latina y por lo tanto en Centroamérica, es un hecho que los cristianos y las cristianas asumimos, con las propias luces y sombras, nuestro compromiso en todos los espacios vitales. Constatamos cómo de modo creciente, el mundo moderno nos muestra la incorporación progresiva de mujeres en todas las disciplinas, desde que entraron a la Universidad han constituido un importante aporte para el futuro de la integración humana en la construcción del saber científico. Por supuesto que la inmensa mayoría de ellas, privada de recursos de subsistencia sigue sobreviviendo al trabajo explotado o al subempleo, seguimos como región engrosando las estadísticas del proceso denominado por la misma ONU como *feminización de la pobreza*.

Pero en este tema que ahora nos ocupa, de la mujer y la teología, el punto de partida está en ésta realidad transida de pecado, donde solo por ser mujer enfrentamos discriminación legalizada y sacralizada. Muchos movimientos de mujeres omiten en sus programas educativos la temática de mujer y religión, obviamente para no complicarse con las estructuras e intereses eclesiásticos. Probablemente se piense que nos toque a las cristianas, teólogas o no, hacer algo al respecto. Pienso que es tarea de quien creciendo en la fe, siga o no su conciencia.

Reflejar la preocupación por los pobres ha costado tanto, que muchos luchadores de las primeras generaciones post conciliares en América Latina piensan, que es diluir esa opción por los pobres, si ahora tienen que matizar que ella incluye a niños

y niñas, ancianos y ancianas etc. Superando la ironía subyacente y reconociendo que en medio siglo no se quiere ampliamente aceptar el carácter doctrinal de la opción, hay que decir que no hay voluntad de hacerlo y de nuevo constatamos que sólo desde la marginación se ve mejor a otros marginados. Por eso Puebla decía que el mejor apóstol de los jóvenes es otro joven, del obrero otro obrero, etc. Por eso sólo de las mismas víctimas viene la mejor conciencia reivindicadora.

Lo cierto es que en la praxis de la fe nadie en voz alta discute la presencia, testimonio y servicio femenino.

En lo que toca a la dimensión litúrgica de la vida cristiana, ella comporta el diseño de modos de expresarla que implican el cuerpo en cuanto la liturgia comunica sentimientos, emociones, experiencias para significar su mundo simbólico. De ahí que danzas, cantos, instrumentos musicales han irrumpido en la vitalidad de grupos y comunidades, en especial a partir del impulso a su inculturación recibido del Concilio Vaticano II. El cuerpo femenino estigmatizado y hasta endemonizado en los siglos oscurantistas, todavía lleva las marcas de prejuicios infundados de presupuestos filosóficos anquilosados, pero prácticamente vigentes.

La expresión litúrgica católica con la normativa canónica correspondiente, le pone cortapisas a la participación plena de la mujer en la liturgia, pues a partir de que el Orden pasa por la demarcación del sexo y del celibato, las mujeres participan pero no conducen al modo propio, tal como a los hombres les es posible hacerlo y no les está vedado por razón de sexo. Es más, se sigue considerando que el hecho de ser sexuado hombre, *impersona* (recuérdese las argumentaciones en torno a la expresión *in persona christi*), es decir, representa mejor a Jesucristo, ignorando el misterio de la encarnación en la humana condición y no sólo en la masculina condición.

La conciencia política que implica el camino histórico de dignificación de las mujeres en el mundo, ha llevado a reencontrarse con el cometido teológico educativo como una tarea que el sistema patriarcal ha hecho muy nuestro en cuanto es una expresión de continuidad en el proceso del cuidado de la prole.

Si la enseñanza en la esfera social es confiada ampliamente a mujeres ¿por qué tarda en el mundo de los seminarios y las facultades de teología?. Hay que recordar que la educación es también una praxis política que puede estar al servicio de la promoción humana y la liberación o al servicio de los intereses de los sectores dominantes que copan el discurso no solo eclesiástico sino social a través del sistema mediático. No se trata pues solo de socializar la tarea sino cómo se realiza, desde donde se hace y para qué se define.

Vista ésta situación desde la sociología religiosa, una área de gran interés para Segundo Montes, el quehacer de las Iglesias en lo que respecta a la construcción de los guiones catequéticos a transmitir, es un oficio que por cultura y socialización, le ha correspondido tradicionalmente a los hombres responsables de la tarea de gobernar y enseñar. No prevaleció en la historia, la práctica del primer catecumenado cristiano de la Iglesia primitiva, en que ambos compartieron por igual responsabilidades apostólicas. La misma investigación bíblica nos enseña que mujeres y hombres compartieron igualdad ministerial en su sentido más carismático, acompañando al mismo ministerio paulino por ejemplo, en la expansión del cristianismo, produciéndose más tarde la patriarcalización del movimiento cristiano y por ende, el proceso de sexualización de las funciones eclesiales.

Para nuestro tiempo y en nuestra realidad el oficio de pensar y enseñar la fe ha sido liderado por fieles Obispos, clérigos, religiosas, religiosos. Las comunidades cristianas instadas muchas veces por la misma Iglesia comprometida con las grandes opciones del Magisterio Latinoamericano, han sostenido experiencias propias e inculturadas de Evangelización.

Obispos como Monseñor Romero nos mostraron modos creativos para evangelizar, y niveles presentados como desafíos, tales como la pastoral intensiva y masiva. Las mujeres han compartido esta brecha misionera sobre todo en el campo pastoral y familiar. Su episcopado fue un tiempo difícil que parecía más sin salida que el actual, pero su legado, en ningún momento fue excluyente en la invitación al trabajo misionero y al esfuerzo por la paz. El hizo sentir cerca suyo y del mensaje cristiano, a los más alejados, sobra decir que entre ellos había

hombres y también mujeres. No le preocupaba excluir personas y aportes sino integrarlos.

Por lo tanto el problema en mi percepción, radica en la pérdida oficial hoy día de todo el testimonio de quienes, más allá de ser hombres o mujeres, realizamos la vocación bautismal, en todos los ámbitos de la vida cristiana. Esto ha llevado a la minusvaloración del trabajo de las mujeres en la construcción de la identidad cristiana. Un ejemplo de eso es la creencia de que cuando las mujeres fueron significativas por excepción, en una época, por su participación intensa en algún lapso, se pensó que se trataba de un asunto coyuntural. Tal como sucede en los tiempos de guerras (en las cruzadas por ejemplo), pasado el conflicto que circunstancialmente las convocó a una participación extraordinaria, y aprovechado su recurso, se espera con increíble y socializada naturalidad, la vuelta de las mujeres a los roles tradicionales, cual si nada hubiese acontecido.

Ellacuría en su propuesta de historizar realidades para poder vivirlas y no ideologizarlas alienantemente, nos ha invitado a poner por obra, a dar vida, a encarnar conceptos como él mismo lo hizo, entendiendo por ejemplo, la teología misma como momento ideológico de la praxis eclesial. Lo cual nos lleva a inferir que solo habrá nuevos conceptos si también transformamos las praxis a que estamos acostumbrados y acostumbradas por cultura, dejándonos convertir por la buena noticia de Jesús verificando históricamente las concepciones que nutren nuestras acciones.

No podemos dejar de decir que los obstáculos a la incorporación plena de más mujeres en el ministerio de la enseñanza teológica los suelen poner los hombres a quienes por otros hombres les ha sido conferido. De ahí que se trate de un asunto de poder y de propiedad de los medios de enseñanza y de producción teológica. Eso se debe a la división del trabajo que encontramos en nuestras realidades periféricas al mundo desarrollado, ella explica el por qué sí existen más mujeres en otras latitudes en este ser y quehacer, que en nuestro contexto. Lo que es cierto es que esta carencia Centroamericana de mujeres en el ejercicio de la enseñanza sistemática de la fe, o quizá su invisibilización, es fomentada por quienes no sólo detienen el avance de la incorporación equitativa y plena de las

mujeres en las iglesias, sino que suelen coincidir con quienes paralizan su ascenso en las estructuras sociales y son co-responsables de su atraso a nivel social, no sólo religioso.

Aceptar que podemos aprender y enseñar unos de otras, y unas de otros, es pues una responsabilidad impostergable de hombres y mujeres conscientes de que el cristianismo es inclusivo, y que el mundo “de las cosas de Dios” no ha de estar vivido y explicado solo por la mitad de la humanidad. Reivindicar que ningún ser humano sea marginado por razón de su sexualidad es un derecho humano alcanzado por la dignificación que de su ser, hace Dios mismo y que el salmista bellamente reconoce (salmo 8).

#### **4. La alegría y la belleza de trabajar en la formación de la fe, desde la realidad histórica y desde la utopía cristiana**

Colectivamente el pueblo de Dios que peregrina en nuestra región ha vivido el proceso de descubrirse sociológicamente como pueblo y a la luz de la fe en el Espíritu Santo, muchos hemos enriquecido nuestra conciencia eclesial peregrinando en la marcha de la historia. Para quienes además hemos puesto nuestro servicio en función del crecimiento de la fe a través de este carisma particular, creo que es importante destacar el gozo que comporta la cooperación en esta misión de Jesús de éste modo a que invita este legado universitario.

Es un don hermoso compartir la vocación con quienes desde hace décadas han venido comprometiendo sus vidas en este empeño, y que no han dejado de hacerlo, creando con esfuerzo y cariño sus aportes a la construcción del pensamiento teológico; tenemos la ocasión de continuar un trabajo cuidado y recibido en tiempos de persecución de toda nuestra Iglesia. Tierra de regalo donde hay que descalzarse de conceptos y culturas foráneas y arrodillarse ante un testimonio claro de encarnación y sitio de huella de un amor que sigue vivo en sus visitadas tumbas. El don teopoético de Mons. Casaldáliga las nombró: son ahora y para siempre, nuestras *cátedras fosas*.

Por supuesto que también hay más pozos donde beber, éste es el nuestro.

Hay igualmente tantos hermanos que desde sus experiencias pastorales de base, desde el desarrollo de trabajos de promoción humana, o desde la entrega silenciosa en la vida orante de la Iglesia, también han venido construyendo el abanico de expresiones de solidaridad cristiana con el mundo de los pobres de nuestra realidad. El quehacer teológico hoy día más ampliamente construido y difundido por las redes de información, construye nuevos discursos y relatos explicativos de la realidad, que comportan otros matices, no todos son alienantes, hay también esfuerzos de resistencia a la violencia estructural que se ha hecho modo de vida incuestionable.

La alegría de la enseñanza de la fe que está prometida en las bienaventuranzas la hemos visto patentizada en los frutos que hoy vemos del trabajo sembrado por nuestros mártires, procurados por un modo de entregarse cotidianamente desde el trabajo diario académico pero enlazado profundamente con la realidad y con el estudio concienzudo de ella. Ya monseñor Romero nos enseñaba que la más grande vocación es ser catequista, y de cómo todos en la Iglesia estamos llamados a serlo. Partía de una amplia visión evangelizadora, donde la catequesis era una expresión pedagógica. Enseñar desde el púlpito como primera cátedra da un sentido especial a su desarrollo histórico que fue trasladado a los espacios universitarios. Labor que realizamos en un contexto de pecado en que se nota ambientalmente la estructura social clasista, que produce a la fecha márgenes amplios de analfabetismo real y funcional. Tal es el lugar donde se inserta la misión de nuestras universidades con sus luces y sombras, con sus límites y sus posibilidades.

En la UCA el agradecimiento a ese legado martirial, se torna compromiso con el cambio social y estructural Centroamericano al que ella se debe. Por su inspiración cristiana tal como fue presentada en su tiempo, pagó esta generación de Jesuitas el precio del asesinato, con la pérdida invaluable de una comunidad comprometida con este pueblo que les llamó a servirle, al que respondieron con fe desde el Dios de los pobres que habían descubierto y con la misión eclesial entendida desde estas coordenadas. En la presencia también de Elba y Celina Ramos, reconocemos el sello de una memoria insobornable de aquel tiempo en que para la lógica del poder, había que eliminar hasta

los testigos, por eso la memoria de ellos y ellas es similar a un muro frente a toda involución interna y externa que nos haga olvidar o acceder a un perdón sin verdad ni justicia que facilite el hecho de acomodarnos.

Me he dado cuenta que no sobra decir que no se trata de un recuerdo necrófilo esto de la memoria martirial, sino de un amor tan grande que no cupo más en los linderos de los edificios universitarios, sino que trascendió a una misión que desde afuera clama ser analizada críticamente y transformada a favor de los más empobrecidos. También se trata de un odio incomprensible que genera paradójicamente y muy a su pesar, símbolos increíbles como haberles asesinado en la misma fecha de aniversario de otros mártires jesuitas en otro contexto histórico en el Paraguay. Lo que siempre recordaremos fue el sentir expresado por Monseñor Rivera frente a sus cuerpos tendidos en la hierba: “el mismo odio que mató a Monseñor Romero es el que también asesinó a los jesuitas”.

Ellos tuvieron una mirada en la realidad nacional y regional, al mismo tiempo que puesto el corazón en el roto tejido social Centroamericano al cual querían servir y liberar. Porque no se trataba de cualquier servicio sino había que hacerlo con el horizonte del Reino y subrayando que no de cualquier reino sino del Reino de Dios, no de cualquier dios sino del Dios de Jesús.

Al mismo tiempo trabajaron felices de un modo encarnado, inculturando a tientas la fe desde su identidad cultural propia, pero con un compromiso real con nuestro destino; hicieron este ministerio con profunda dedicación, sin dejar que les vencieran los detractores y los temores, con responsabilidad histórica y dignificante respeto a sus destinatarios (a los y las presentes y a los invisibilizados/as a través suyo).

Continuar haciendo y enseñando el seguimiento de Jesús, mostrar las posibilidades de una eclesialidad más cristiana, enseñar cómo la vimos reflejada en el peregrinar en nuestra Iglesia Salvadoreña, dar razón de Su causa y buscar los nuevos rostros de los oprimidos y oprimidas para liberarles y liberar la teología misma, es una pasión abierta al futuro, que sólo puede hacerse confiados y confiadas a que Dios nos lleva a la par, de la mano.